

La historia de mi sexualidad

Tobi Lakmaker



Traducción de
Daniela Martín Hidalgo



La historia de mi sexualidad



Colección Pulpas n.º 52

Narrativa

Primera edición: octubre 2024

Título original: *De geschiedenis van mijn seksualiteit*

Copyright ©2021, Tobi Lakmaker and Das Mag Publishers
Published by arrangement with Cossee International Agency

©2024, Daniela Martín Hidalgo, de la traducción del neerlandés
©2024, Ana Galvañ, de la ilustración de cubierta

©2024, Aristas Martínez Ediciones
www.aristasmartinez.com

Edición al cuidado de
Sara Herculano y Cisco Bellabestia

ISBN: 978-84-19550-16-3
Depósito legal: BA-385-2024
Impreso en Kadmos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)

La historia de mi sexualidad

Tobi Lakmaker

Traducción del neerlandés de Daniela Martín Hidalgo

ÍNDICE

PRÓLOGO

Mi madre es judía patrilinea.....	11
-----------------------------------	----

I. LA HISTORIA DE MI SEXUALIDAD

Walter, el consultor de contratación.....	17
Llámallo amor.....	23
Jennifer.....	36
Pero ¿qué te crees que es esto, <i>La vida de Adèle?</i>	50
Fóllame, Laki.....	59

II. LA HISTORIA DE MI DIFERENCIA

Todos deprimidos.....	71
Mi bella Sofíta.....	92
<i>Manic pixie dream girl</i>	115
Aquí no hay ninguna novela.....	132
Martes amarillos.....	150

III. ELIAS WELVERLOREN

Elias Welverloren.....	165
------------------------	-----

*Para M. M.,
me las arreglaré*

PRÓLOGO

Mi madre es judía patrilineal

Mi madre siempre dice: «Nuestros amigos no son ricos, solo se compraron una casa en el momento apropiado». Mis padres se compraron una casa en el momento apropiado: en la Jacob Obrechtstraat, número 7, *en el centro mismo* del barrio de Oud-Zuid. Una vez alguien dijo que en Ámsterdam Oud-Zuid viven dos clases de personas: los nuevos ricos y los intelectuales judíos. Nosotros no éramos nuevos ricos, según solía creer, tampoco éramos judíos —mi madre solo era *judía patrilineal*—, y la vez que le pregunté a mi padre qué era un intelectual me contestó: «Solo Wilfred Oranje lo es».

Cuando tenía veinte años, viví una temporada en la antigua habitación de Wilfred Oranje, que por entonces ya había muerto, y cuando me despertaba, me veía rodeada de cientos de ediciones de Sigmund Freud que él había traducido. No pude soportarlo mucho tiempo. Yo también quería convertirme en una intelectual, pero cada vez que me ponía a leer un libro, me quedaba dormida. Lo que me pasa es que, si me fijo demasiado tiempo

en el trabajo de hombres que se parecen a Sigmund Freud, me quedo dormida al instante.

De los dieciocho a los veinte años intenté asimilar a todo tipo de Sigmunds Freud y la única sensación que me quedó que pueda describir con claridad fue que yo no era Sigmund Freud. O enunciado de un modo más preciso: que yo no era un hombre, sino una mujer. Y yo tenía *enormes* dificultades con eso de ser una mujer. Querían que me dejara el pelo largo. Claro que nadie me lo había dicho así, en voz alta, pero si la gente quiere que te tragues algo, por lo general no utiliza la boca. Te lo hace *saber*.

Entretanto, tengo el pelo muy corto y pertenezco a un grupo de apoyo para personas trans. ¿Quieres saber más? Llámame. En realidad, no soy una persona trans, solo alguien a quien le gusta mucho penetrar a mujeres y que todo el tiempo está harta de tener que comprar *dispositivos* para hacerlo. Esos chismes cuestan un montón de dinero y la mitad del tiempo no sabes en qué andas porque ese aparato que cuesta un riñón *se ha salido* de su sitio. ¿Sabes de qué estoy harta? De las cosas que se han salido de su sitio.

Por supuesto que podría haber intentado leer libros de personas que *no* se parecían a Sigmund Freud, por ejemplo: mujeres u hombres de color. O mejor aún: mujeres de color. Pero la cuestión es que nunca pertenecen al *canon*. Al maldito canon. Sé lo que estás pensando: «Woolf también pertenece al canon, Baldwin también pertenece al canon». Para serte sincera: de Baldwin todavía estoy por comprarme un libro y con Virginia Woolf también me quedo dormida. Justo después de que vaya a comprar las flores, me quedo dormida.

En torno a los diecisiete años, tuve la idea de convertirme en un genio. El problema de la genialidad es que es como la homosexualidad: no te *vuelves* un genio, lo eres y punto. Al menos eso es lo que se dice. Para mí todos los genios eran personas normales capaces de no coger el teléfono cuando el mundo los reclama y de concentrarse en algo que da la casualidad que el mundo está esperando. En cualquier caso: *yo* solía no coger el teléfono con frecuencia, con tanta frecuencia que mis amigas acababan por tirar la toalla. Cotilleaban sobre mí. Decían que en realidad yo no era de fiar y que *debía* de ser lesbiana por la manera en cómo miraba a Zahra. Y tenían razón, en todos los frentes.

Dado que mis amigas me habían dejado en la estacada, me llevaba cada vez mejor con Felix y Chiel. De nuestro instituto blanco y categorizador, ellos eran lo más blanco y categorizador que había, y eso me gustaba. En el recreo, Chiel no decía más que una cosa: «¿*Esto* es todo?», y Felix asentía con la cabeza. Yo también asentía, pero en realidad no sabía a qué se refería. Solo sabía que tenía razón, porque las personas blancas y categorizadoras siempre la tienen. Por mi parte, he tenido la razón en contadas ocasiones, lo que a la larga se me ha hecho muy difícil.

Lo cierto es que me he sentado con todo el mundo. Con los chicos y con las chicas, con la respuesta apropiada y, lo que es más importante, con la pregunta apropiada. Se pueden tener todas las respuestas que se quieran, pero me he dado cuenta de que quien carece de la pregunta apropiada sigue hablando a tontas y a locas. De lo que me he dado cuenta es de que hay respuestas que preceden a ciertas preguntas. Y mientras la respuesta no cuadre, sigues igual: equivocada.

I

LA HISTORIA DE MI SEXUALIDAD

Walter, el consultor de contratación

La historia de mi sexualidad refiere que siempre he buscado a alguien que cerrara las puertas y las ventanas, que dijera: «Ahora está bien». Más concretamente, primero me gustaron los hombres, luego las mujeres, que por supuesto siempre me habían gustado; como Muriël, la profesora de apoyo pelirroja de largas piernas. Me gustaban todos, pero yo seguía con los ojos, o algo más importante, sin abrir. Aunque eso importa poco ahora.

Perdí la virginidad con Walter, el consultor de contratación, y no quiero hablar demasiado sobre ese asunto. Walter votaba a los liberales de centroderecha del VVD y cuando no lograba entonarme, intentaba recordarlo dada esa extraña conexión entre la excitación sexual y el odio.

Perdí la virginidad en la Sarphatistraat, fue en una casa en la Weesperplein donde sobresalía el asta de una bandera. Todavía la recuerdo así porque me hace pensar en la abultada e imponente erección de Walter. Walter era muy cariñoso. La tarde del suceso me dijo: «Para mí que estoy más nervioso que tú». Él *también* estaba más nervioso que yo. Siendo sinceros, no me importaba lo más mínimo.

La razón por la que quería perder la virginidad era que quería que mi D. O. —es decir, mi Desvirgamiento Oportuno— acabara. Con mucha frecuencia me sentaba en las horas de clase a tomar un café con Milan y no dejábamos de hablar de nuestro

futuro D. O. Sobre todo, le dábamos vueltas a la época alocada y desenfrenada que le seguiría. El D. O. nos servía de pretexto para nuestros hijos que, sin lugar a dudas, un día se nos acercarían y nos preguntarían: «¿Con quién te acostaste *tú* por primera vez?». Entonces podríamos darles una respuesta muy púdica.

Al final, Milan perdió la virginidad en un baño del Hospital Universitario: va a estudiar Medicina. Yo con Walter, en la noche del 1 al 2 de septiembre de 2011. Después estuvimos saliendo un tiempo, no porque disfrutara de nuestro trato sino porque era necesario para la oportunidad del desvirgamiento.

Walter y yo nos conocimos en el café Mazzeltof, justo después de que le hubiera mandado un SMS al presentador de televisión Matthijs van Nieuwkerk. Él era el hombre con el que de verdad quería acostarme, pero nunca me respondió. Mi hermano me dio su número, porque tenía un montón de contactos. Eso era lo que ansiaba a los diecisiete: sexo y un montón de contactos.

Para concentrarme en el mensaje a Van Nieuwkerk, me había retirado a la cafetería de la esquina. Cuando volví al Mazzeltof vi a Walter y le besé directamente en la mejilla. Al fondo del local estaba Betsie. Fui hacia ella y le dije: «Va a ser este». Desde el día en que conocí a Betsie, fue un pelo más lista que yo, y salir por la noche con ella también resultó un infierno. Yo era siempre la segunda opción. Por eso me quedaba hacerles creer a los hombres que solo había una opción: yo, Sofie Lakmaker.

Para mantener a Betsie fuera de la vista de Walter, me ofrecí a ir a por más bebidas. En la barra intenté establecer contacto visual con él. Walter me miró absolutamente atemorizado y para tranquilizarlo le ofrecí la cerveza que en realidad estaba destinada a Betsie. Le dije: «Podríamos morrearnos». «No me gustan las

mujeres asertivas», me contestó. Asentí y entonces empezamos a morrearnos.

Una semana después quedamos en el bar Lempicka. Me contó que era de Heerlen y que un día su abuelo había descubierto que podía convertir la grasa para fritura en biodiésel y que por eso sus padres tenían ahora una piscina en el jardín trasero. Yo le dije que después del instituto quería estudiar Filosofía, a lo que me respondió diciendo que yo era de izquierdas. Yo le dije que él era de derechas y le propuse ir a su casa.

En la cama, estuvimos un buen rato besándonos y después de un cuarto de hora le dije: «Vamos a *hacerlo* de una vez». Walter las estaba pasando canutas y yo también, pero yo no tenía tiempo que perder, supongo. Él tenía veintisiete años y yo diecisiete y eso es lo curioso: cuanto más tiempo tienes, más prisa sientes. Todavía recuerdo que llevaba unos calzoncillos demasiado ajustados, que con la polla medio tiesa cada vez le estaban más ajustados. Después resultó que Walter seguía medio tieso y por eso tuvo que hacerse una paja. Hubo un momento en que quiso que se la hiciera yo, pero por lo visto tiraba demasiado fuerte.

Mis amigas reaccionaron llenas de decepción a sus desvirgamientos. Todas decían: «¿*Esto* es todo?». Me parecía alucinante. Quizá no en el sentido positivo del término, más bien como puede ser de alucinante una catástrofe aérea: abrumadora y llena de dudas sobre si alguna vez podrás explicarla. La polla de Walter estaba por doquier. Después de un rato dijo: «Quiero que me la beses». Me parecía grotesco, pero aun así lo hice. Si no haces nunca algo que te parece grotesco, tampoco puedes avanzar.

Después de que Walter se corriera, dijo: «¿Me prometes que *nunca* más volveremos a hacerlo así?». Se refería al hecho de

que no hubiéramos utilizado condón. No puedo acordarme por qué, es muy difícil decir que pasó *en un momento*. Todo aquello duró horas. He dicho alguna vez que perdí la virginidad con «Everywhere» de Fleetwood Mac, y esa canción estuvo puesta, pero en cierta forma perdí la virginidad con toda la historia del pop occidental.

Cuando me desperté, Patrick estaba en el umbral de la puerta. Patrick era el compañero de piso de Walter y, para ser sincera, me parecía bastante más atractivo que el propio Walter. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y también era de Limburgo, aunque tenía un acento ligeramente menos marcado. En realidad, Patrick tenía cara de capullo, pero eso me agradaba. Al menos tenía cara de algo. Walter se parecía más a alguien que va a tu lado en el metro y a quien después le preguntas si te permite salir. De eso tenía cara Walter.

Patrick buscaba su corbata y cuando me giré para preguntarle a Walter, vi que su lado de la cama estaba vacío. Ya se había ido al trabajo, en el que tenía que *contratar* a personas. No me preguntas lo que conllevaba, pero ganaba dinero a espuestas. Walter estaba empleado en el Ayuntamiento de Utrecht, lo que me parecía bastante deprimente. Quizá era ese mi mayor miedo: acabar *empleada* en algún sitio, sin mencionar siquiera al Ayuntamiento de Utrecht.

Patrick trabajaba en una *startup* en Ámsterdam y, cuando se dio cuenta de que Walter no estaba, empezó a burlarse de mí. Me preguntó si lo habíamos pasado *bien*, a lo que yo contesté que lo habíamos pasado tremendamente bien, lo que hizo que se sobresaltara. La gente no es demasiado aficionada a que se utilice la palabra «tremendamente», quizá porque manifiesta demasiada asertividad.

Patrick se quedó todavía un cuarto de hora en la puerta y eso me puso un poco nerviosa. No llevaba nada de ropa y creo que él lo sabía. Hablar desnuda con alguien que solo busca su corbata provoca algo en esa relación mutua. Por último, dijo: «Y ahora voy a leer *Quote 500*». La revista sobre los hombres de negocios más exitosos yacía al lado de la cama de Walter, junto a unos libros que contaban cómo ganar un montón de dinero con el mínimo esfuerzo. Tan solo convertir algo de aceite de fritura usado en biodiésel, digamos, pero al parecer no solo así.

Poco tiempo después de mi desvirgamiento, Patrick y Walter se mudaron a una casa en Zeeburg que le compraron al antiguo alcalde de Ámsterdam, Van der Laan, que por supuesto se había trasladado a su residencia oficial. Dejó un inmueble muy decente, que Lianne, un ligue de Patrick que tenía un gusto espantoso, decoró. Lianne era ayudante de dentista, una ocupación que se reflejaba en la manera en que escogía los muebles. En aquella casa del Ertskade se tenía siempre la sensación de que estaban a punto de sacarte un diente.

Y por si el atentado al buen gusto de Lianne no fuera suficiente, estaba Patrick. Había colocado por todas partes libros del actor Ray Kluun. Lo juro: dondequiera que se mirara, podía encontrarse un título nauseabundo. «Un tipo maravilloso», decía Patrick todo el tiempo. Me sacaba de quicio. Aun así, era siempre un interlocutor más entretenido que Walter, con el que en aquella época ya apenas me hablaba. Insistía en animarme a leer libros en los que exploras tu cuerpo, pero no me apetecía ni lo más mínimo. Por eso durante el desayuno y otros momentos de ocio solo me dirigía a Patrick y a Lianne. Al menos con esos dos podía sentir algo, ¿sabes? Lianne era muy creyente así que, para molestarla, Patrick repetía constantemente: «Me cago en Dios».

Me miraba entonces con una mirada traviesa, después los dos empezábamos a partirnos de risa. Un tipo maravilloso ese Patrick.

El 22 de noviembre de 2011, Walter escribió en Facebook que estaba soltero y que buscaba una relación. Lo llamé acto seguido, furibunda, y aunque iba en el coche, me lo cogió enseñando con uno de esos aparatos de manos libres. «Mi cielo», dijo, «tienes *diecisiete* años». «Ajá», dije. Por un momento escuché solo el ruido de la A2 y después murmuró: «Si tuvieras veintitrés, ya te hubiera propuesto matrimonio». Claro que era ridículo, y hay días en que me pregunto cómo nos habría ido si nos hubiéramos casado. Probablemente ahora estaría también empleada en algún sitio y quizá no sería tan malo.